



## Joseph Brodsky, Vaclav Havel: “La pesadilla postcomunista”

### **Estimado Sr. Presidente:**

He decidido escribirle esta carta porque tenemos algo en común: ambos somos escritores. En este tipo de trabajo creo que uno mide sus palabras con más cuidado que en otras áreas antes de ponerlas por escrito o, dado el caso, transmitir las por micrófono. Aun cuando uno se encuentra inmerso en un asunto público, uno hace todo lo posible para evitar los lemas, los latinismos y toda suerte de jergas. En un diálogo, por supuesto, o rodeado de uno o dos interlocutores más, resulta difícil, e incluso puede parecer pretencioso. Pero pienso que es realizable en un soliloquio o en un monólogo, aunque evidentemente uno siempre ajusta su dicción a la de su auditorio.

Tenemos otra cosa en común, Sr. Presidente: nuestro pasado en nuestros respectivos Estados totalitarios. Para ponerlo en términos menos grandiosos: nuestras prisiones, esa escasez de espacio ampliamente compensada por la abundancia de tiempo que, tarde o temprano, y al margen del temperamento que uno posea, lo torna a uno asaz contemplativo. Usted pasó más tiempo en la suya, claro, que yo en la mía, aunque yo empecé en la mía mucho antes de la Primavera de Praga. Sin embargo, a pesar de mi creencia casi patriótica en que la desesperanza de un hoyo de cemento, colmado de la peste de orines, en las entrañas de Rusia lo hace a uno cobrar conciencia de la arbitrariedad de la existencia más rápidamente que lo que vislumbé alguna vez como un aislamiento penal limpio y cubierto de estuco en la Praga civilizada, pienso que, como seres contemplativos, estamos más bien a mano.

En resumen, teníamos una amistad epistolar mucho antes de que yo concibiera esta carta. Pero no la concebí a causa de la literalidad de mi mente, o porque nuestras circunstancias actuales difieran mucho de las del pasado

(nada puede ser más natural que eso, y uno no está obligado a seguir siendo un escritor para siempre: como no lo está a seguir siendo un prisionero). He decidido escribir esta carta porque hace un tiempo leí el texto de uno de sus discursos más recientes, cuyas conclusiones acerca del pasado, el presente y el futuro eran tan diferentes de las mías que pensé: Uno de los dos tiene que estar equivocado. Y es precisamente porque se trata del presente y el futuro -y no sólo de los suyos o de los de su país, sino de los del mundo- que decidí que ésta fuera una carta abierta dirigida a usted. Si el asunto se hubiera limitado sólo al pasado, simplemente no le habría escrito esta carta, o si lo hubiera hecho, la habría marcado con el sello de “personal”.

El discurso que leí se publicó en *The New York Review of Books* y su título era “La pesadilla postcomunista”. Usted empieza por recordar una época en que sus amigos o conocidos lo evitaban en la calle, pues en ese tiempo usted tenía relaciones peligrosas con el Estado y estaba bajo vigilancia policiaca. Pasa a explicar las razones por las que lo evitaban y sugiere, con ese estilo habitual, libre de rencores, por el que usted es merecidamente famoso, que para esos amigos y conocidos usted constituía un inconveniente; y a los “inconvenientes” - cita usted la sabiduría convencional- “es mejor evitarlos”. Luego, durante gran parte de su discurso describe la realidad postcomunista (en Europa del Este y, por inferencia, los Balcanes) y equipara la conducta del mundo democrático frente a esa realidad con la de evitar un inconveniente.

Es un discurso maravilloso, con comentarios maravillosamente perspicaces y una conclusión convincente; pero permítame regresar a su punto de partida. Se me ocurre, Sr. Presidente, que su famosa cortesía redundó en beneficios asaz pobres para su mirada retrospectiva. ¿Está realmente seguro de que esas personas lo evitaron en ese momento sólo por motivos de vergüenza y por temor de una “persecución potencial”, y no porque, debido a la aparente estabilidad del sistema, lo daban por perdido? ¿Está seguro de que por lo menos algunas de ellas no lo vieron simplemente como un hombre condenado y proscrito, con quien sería absurdo perder tiempo? ¿No piensa que en lugar de, o además de ser un inconveniente (como usted insiste), también era un ejemplo conveniente de una conducta equivocada y, por tanto, una fuente considerable de consuelo moral, como lo son los enfermos para la mayoría sana? Acaso no puede imaginar a esas personas diciéndoles a sus esposas en la noche: “Ví a Havel hoy en la calle.

Está perdido.” ¿O acaso juzgo erróneamente el carácter checo?

Importa poco que esas personas hayan resultado estar equivocadas y usted en lo cierto. Lo dieron por perdido, en primer lugar, porque incluso según los criterios de nuestra mitad de siglo usted no era un mártir. Además, ¿acaso no abrigamos todos cierto sentimiento de culpa, sin relación alguna con el Estado, por supuesto, pero no obstante palpable? Así, cada vez que el brazo del Estado nos alcanza, consideramos que es vagamente nuestro merecido, como el roce del instrumento tosco pero no obstante esperado de la providencia. Esta es, francamente, la principal *raison d'être* de la institución policiaca, ya sea con atuendo civil o uniformada, o por lo menos de nuestra incapacidad general para resistir un arresto. Uno puede estar completamente convencido de que el Estado está equivocado, pero una rara vez confía en su propia virtud. Por no decir que el brazo que nos encierra y que nos libera es el mismo. Por eso una rara vez se sorprende si se le evita cuando sale liberado, y no espera un abrazo universal.

Tales expectativas, en tales circunstancias, se verían defraudadas porque nadie quiere que se le recuerde la turbia complejidad de las relaciones entre la culpa y tener lo que uno se merece, y en un Estado totalitario este recordatorio es precisamente lo que define a la conducta heroica. Lo aísla a uno de los demás, como pasa cuando se resalta cualquier virtud; además siempre es mejor observar a un héroe desde lejos. En gran medida, Sr. Presidente, lo evitó la gente que usted menciona porque para ella usted era una especie de tubo de ensayo de la virtud enfrentada al mal, y esa gente no interfirió en el experimento porque tenía dudas respecto a ambos elementos. En tanto tal, usted era otra vez conveniente porque en un Estado totalitario los absolutos se avienen en la medida en que se engendran unos a otros. Acaso no puede imaginar a esa gente prudente diciéndole a sus esposas en la noche: “Hoy ví a Havel en la calle. Nadie puede ser tan bueno.” ¿O acaso otra vez juzgó erróneamente el carácter checo?

Que esas personas hayan resultado estar equivocadas y usted en lo cierto, repito, importa poco. Lo dieron por perdido en ese momento porque las guiaba el mismo relativismo e interés propio que ahora, supongo, les ayuda a tener éxito en el nuevo sistema. Y como mayoría saludable sin duda desempeñaron un papel significativo en su revolución de terciopelo, que, a fin de cuentas, como siempre sucede con la democracia, pone por delante precisamente el interés propio. Si éste es el caso, y me temo que sí lo es, ya le pagaron lo que le debían por su prudencia excesiva, y ahora usted preside una sociedad que es más de ellos que de usted.

Eso no tiene nada de malo. Además, el resultado fácilmente habría podido ser el contrario: es decir, para usted; no para ellos (la revolución fue así de aterciopelada porque para ese entonces la tiranía misma era más lanosa que acorazada -de otra forma no tendría yo el privilegio de comentar su discurso). Por tanto, lo único que trato de sugerir es que al introducir la noción de inconveniencia es muy posible que usted se haya equivocado, pues el interés propio siempre se ejerce a expensas de los otros, ya sea por parte de individuos o de naciones. La vulgaridad del corazón humano sería una mejor noción, Sr. Presidente; pero entonces usted no podría darle a su discurso una conclusión tan resonante. Algunas cosas vienen ya equipadas con un púlpito, aunque uno debería de resistirlas, sea uno escritor o no. Como no debo enfrentarme a su labor, quisiera ahora llevar su argumento hacia donde creo que podría haber desembocado. Me pregunto si usted estará en desacuerdo con el resultado.

“Durante largas décadas,” empieza su nuevo párrafo, “la pesadilla principal del mundo democrático fue el comunismo. Ahora -tres años después de que se comenzó a derrumbar como una avalancha- parecería que otra pesadilla ha ocupado su lugar: el postcomunismo.” Luego describe asaz detalladamente los modos actuales de la respuesta del mundo democrático ante las catástrofes ecológicas, económicas, políticas y sociales que ahora cunden donde uno previamente percibía una tela lisa. Equipara estas respuestas con aquellas que hubo ante su propio “inconveniente” y sugiere que tal actitud lleva “a darle la espalda a la realidad y, por último, a resignarse a ella. Lleva el apaciguamiento, incluso a la colaboración. Las consecuencias de tal actitud pueden incluso ser suicidas”.

Es aquí, Sr. Presidente, donde pienso que le falla su metáfora. Pues ni el comunismo ni la pesadilla postcomunista equivalen a un inconveniente, ya que ayudaron, ayudan y ayudarán aún por un tiempo más al mundo democrático a exteriorizar el mal. Y no sólo al mundo democrático. Para muchos de los que vivimos en esa pesadilla, y especialmente para aquellos que la combatieron, su presencia fue una fuente considerable de consuelo moral. Pues aquel que lucha contra el mal o lo resiste, casi automáticamente se percibe a sí mismo como bueno y pasa por alto el exámen de conciencia. Por tanto, quizá ha llegado la hora -para nosotros y para el mundo en general, democrático o no- de suprimir el término comunismo de la realidad humana de Europa del Este, a fin de que



uno pueda reconocer esa realidad como lo que fue y lo que es: un espejo.

Pues eso es siempre la maldad humana. Los nombres geográficos o la terminología política proporcionan no un telescopio o una ventana, sino un reflejo de nosotros mismos: del potencial negativo del ser humano. La magnitud de lo que ocurrió en nuestras regiones del mundo, y durante más de dos tercios de un siglo, no puede reducirse a “comunismo”. Los lemas, en general, pierden más de lo que retienen, y en el caso de las decenas de millones de asesinados y de las vidas trastocadas de naciones enteras, un lema simplemente no basta. Aunque la proporción de verdugos con respecto a víctimas favorece a estas últimas, la escala de lo que pasó en nuestro ámbito sugiere, dado su retraso tecnológico en esa época, que los verdugos también andan en los millones, por no hablar de la complicidad de millones más.

Las homilias no son mi fuerte, Sr. Presidente; además, usted es un converso. No me corresponde decirle que lo que llama “comunismo” fue una falla de la humanidad y no un problema político. Fue un problema humano, un problema de nuestra especie y, en consecuencia, de naturaleza persistente. Ni como escritor ni, aún más, como jefe de una nación, debería usted utilizar una terminología que oculta la realidad de la maldad humana -terminología, debo añadir, inventada por el mal para ocultar su propia realidad. Ni tampoco debería uno referirse a ella como una pesadilla, pues esa falla de la humanidad no fue un acontecimiento nocturno, por lo menos no en nuestro hemisferio.

Hasta la fecha, la palabra “comunismo” sigue siendo algo conveniente, pues un *ismo* sugiere un *fait accompli*. En los idiomas eslavos, sobre todo, un *ismo*, como usted sabe, sugiere un fenómeno extranjero, y cuando la palabra que contiene un *ismo* denota un sistema político, el sistema se percibe como una imposición. Ciertamente, nuestro *ismo* particular no se concibió en las riveras del Volga o del Moldava, y el hecho de que floreciera ahí con un vigor excepcional no es una prueba de la fertilidad de nuestra tierra, pues floreció con igual intensidad en latitudes diferentes y en zonas culturales extremadamente diversas. Menos que una imposición, esto indica los orígenes más bien orgánicos, por no decir universales, de nuestros *ismos*. Cabría pensar, por tanto, que se impone un examen de conciencia -por parte tanto del mundo democrático, como del nuestro-, en vez de lanzar llamados para un “entendimiento” mutuo. (¿Qué significa esta palabra a fin de cuentas? ¿Qué procedimientos propone para este entendimiento? ¿Quizá bajo los auspicios de la ONU?)

Y si el examen de conciencia es improbable (¿por qué ha de hacerse con tranquilidad aquello que se evitó bajo coacción?), al menos debe desecharse el mito de la imposición, pues, por un lado, los tanquistas y las quintas columnas son biológicamente indistinguibles. ¿Por qué no empezamos simplemente a admitir que en nuestro mundo, y en este siglo ha ocurrido un extraordinario descarrío antropológico, al margen de quién o qué lo provocó? ¿Que en él participaron masas que actuaron por interés propio y que, al hacerlo, redujeron su común denominador a un mínimo moral? ¿Y que el interés propio de las masas -la estabilidad de la vida y de sus niveles ya igualmente reducidos- se logró a expensas de otras masas, si bien eran numéricamente inferiores? De ahí el número de muertos.

Es conveniente tratar estos asuntos como un error, como una horrenda aberración política, quizá impuesta a los seres humanos desde algún lugar anónimo. Es aún más conveniente si ese lugar tiene un nombre geográfico exacto o que suene extranjero, cuya ortografía oculte su naturaleza absolutamente humana. Fue conveniente establecer fuerzas navales y defensas contra esa aberración -como es conveniente dismantelar ahora esas defensas y fuerzas navales. Es conveniente, debo añadir, hablar hoy en día de estos asuntos con cortesía, Sr. Presidente, desde un púlpito, aunque no cuestiono ni un instante la autoridad de su cortesía que, creo, es parte intrínseca de su naturaleza. Era conveniente contar con este ejemplo viviente de cómo no debían hacerse las cosas en este mundo y proporsionarle a este ejemplo un *ismo*, así como es conveniente proporcionarle ahora “conocimientos técnicos” y un “post”. (Y uno fácilmente puede imaginar a nuestro *ismo*, adornado con un post, navegando convenientemente hacia el futuro en los labios de tontos).

Pues sería realmente inconveniente -en especial para los vaqueros de las democracias industriales de Occidente- reconocer que la catástrofe que ocurrió en nuestra parte del mundo fue el primer grito de la sociedad de masas: un grito, por decirlo así, proveniente del futuro del mundo, y reconocerlo no como un *ismo* sino como un abismo que se abre de repente en el corazón humano para tragarse la honestidad, la compasión, la cortesía, la justicia y, una vez saciado, presentarle al exterior aún democrático una superficie razonablemente perfecta y monótona.

Los vaqueros, sin embargo, detestan los espejos -aunque sólo sea porque ahí

pueden reconocer a los indios retrasados más fácilmente que al aire libre. En consecuencia, prefieren ser los mandamases, escudriñar el horizonte libre de indios, burlarse del atraso de los indios y sentir un enorme consuelo moral por el hecho de que se les vea como vaqueros -en primer lugar, por los indios.

Dado que se le ha comparado a menudo con un filósofo rey usted puede, Sr. Presidente, apreciar mejor que muchos cómo gran parte de lo que le ocurrió a nuestra "nación india" se remonta a la Ilustración, con su idea (perteneciente en realidad a la Era del Descubrimiento) del buen salvaje, del hombre que es inherentemente bueno pero que se ve constantemente arruinado por malas instituciones; con su creencia en que el mejoramiento de esas instituciones permitirá que el hombre recupere su bondad inicial. En consecuencia, a lo admitido o deseado previamente uno debe añadir, supongo, que es precisamente el éxito del "indio" en el perfeccionamiento de esas instituciones lo que las llevó al término lógico de ese proyecto: el Estado totalitario. Quizá la bestialidad manifiesta de este logro debería sugerirle a los "indios" que tienen que replegarse un poco hacia el interior, que deben procurar que sus instituciones sean un poco menos perfectas. De otra forma quizá no consigan los subsidios de los "vaqueros" para sus reservas. Y quizá haya en efecto una relación entre la bondad del hombre y la maldad de las instituciones. Si no la hay, quizá alguien deba admitir que el hombre no es tan bueno.

¿Acaso no es esta la coyuntura en la que nos encontramos, Sr. Presidente -o por lo menos usted? ¿Deben los "indios" "lanzarse a imitar a los "vaqueros", o deberían consultar a los espíritus acerca de otras opciones? ¿Es posible acaso que la magnitud de la tragedia que les aconteció sea, en sí, una garantía de que no volverá a suceder? ¿Pueden acaso su dolor y su recuerdo de lo que ocurrió en sus regiones crear un vínculo más igualitario que la libre empresa y que la legislatura bicameral? Y si de todas formas redactan una constitución, quizá deban empezar por reconocer que durante gran parte de este siglo ellos y su historia han sido un recordatorio del pecado original.

Como bien sabe, éste no es un concepto demasiado sesudo. Traducido a lenguaje común, significa que el hombre es peligroso. Además de ser una nota al pie de página de nuestro querido Jean-Jaques, este principio puede permitirnos construir -si no en otro lugar, entonces al menos en nuestro ámbito, tan impregnado de Fourier, Proudhon y Blanc, a expensas de Burke y Tocqueville- un orden social que descansa sobre una base menos autoadulatoria que la



acostumbrada, y cuyas consecuencias sean tal vez menos desastrosas. Esto también podría cumplir con los requisitos del “nuevo entendimiento de sí mismo, de sus limitaciones y de su lugar en el mundo” que le toca al hombre y por el que usted clama en su discurso.

“Debemos descubrir una nueva relación con nuestros vecinos y con el universo”, dice hacia el final de su discurso, “y su orden metafísico, que es el origen del orden moral”. Si de veras existe, Sr. Presidente, el orden metafísico es bastante oscuro y su idioma estructural es la indiferencia mutua de sus partes. Por consiguiente, la noción de que el hombre es peligroso es la que más se acerca a las inferencias de ese orden respecto a la moral humana. Todo escritor es un lector, y si usted revisa los anaqueles de su biblioteca tiene que darse cuenta de que la mayor parte de los libros que están ahí tratan acerca de la traición o del asesinato. En todo caso, parece más prudente construir una sociedad sobre la premisa de que el hombre es malo que sobre la premisa de su bondad. De esta forma existe al menos la posibilidad de hacerla, si no física (aunque quizá eso también), entonces psicológicamente segura para la mayoría de sus miembros; además, tal vez así sus sorpresas, en sí inevitables, sean de una naturaleza más agradable.

Quizá la verdadera cortesía, Sr. Presidente, consiste en no crear ilusiones. El “nuevo entendimiento”, la “responsabilidad global”, la “metacultura pluralista” no son, en esencia, mejores que las utopías retrospectivas de los nacionalistas de nuestra época o que las fantasías empresariales de los *nouveaux riches*. Este tipo de cosas se siguen predicando con base en la promesa, por más limitada que sea, de la bondad del hombre, de la noción que él tiene de sí mismo como un ángel caído o posible. Este tipo de dicción les viene bien, quizá, a los inocentes, o a los demagogos que manejan los asuntos de las democracias industriales, pero no a usted, que debería de saber la verdad acerca de la condición del corazón humano.

Y usted, cabe imaginar, se encuentra en buena posición no sólo para transmitirle su conocimiento a la gente, sino también para curar en parte su mal de corazón: para ayudarla a que sea como usted. Dado que aquello que le permitió a usted ser lo que es no fue su experiencia penal sino los libros que ha leído, sugeriría, para empezar, que se difundieran algunos de esos libros en los periódicos más importantes del país. Dada la cifra poblacional checa, ello puede hacerse incluso por decreto, aunque no creo que su parlamento objetaría. Si

le da a su gente Proust, Kafka, Faulkner, Platonov, Camus o Joyce, podrá convertir al menos a una nación del centro de Europa en un pueblo civilizado.

Eso puede hacerle más bien al futuro del mundo que la emulación de los vaqueros. Asimismo, sería un verdadero postcomunismo, y no la fundición de esa doctrina, con “el odio del mundo, la autoafirmación a toda costa y el florecimiento inigualado del egoísmo” concomitantes que ahora lo tienen a usted acosado. Pues no existe otro antídoto contra la vulgaridad del corazón humano que la duda y el buen gusto, que uno encuentra fundidos en obras fundamentales de la literatura, así como en las suyas. Si el potencial negativo del hombre se manifiesta a la perfección en el asesinato, su potencial positivo se manifiesta a la perfección en el arte.

¿Por qué, quizá se pregunta, no le hago una sugerencia igualmente chiflada al presidente del país del que soy ciudadano? Porque no es un escritor; y cuando es lector, a menudo lee basura. Porque los vaqueros creen en la ley y reducen la democracia a la igualdad que tiene la gente ante ella; es decir, a la llanura bien vigilada por la policía. Mientras que aquello que yo le sugiero es igualdad ante la cultura. Usted debe decidir que arreglo le conviene más a su gente, que libro conviene más arrojarle. Sin embargo, si yo fuera usted, empezaría con su propia biblioteca, porque aparentemente usted no aprendió acerca de imperativos morales en una facultad de derecho.

Sinceramente,

*Joseph Brodsky*

*Traducción de T. López Mills*

#### **Respuesta de Vaclav Havel:**

Me siento honrado de que usted haya decidido contestar al discurso que pronuncié en la Universidad George Washington, después publicado en la *New York Review of Books* como “La pesadilla Postcomunista”.

Usted entra en tantas cuestiones graves y deprimentes, no sólo con respecto

al pasado reciente de Europa del Este y del Centro, sino al presente y el futuro de todo el mundo, que para darle una respuesta adecuada tendría yo que escribir un ensayo al menos tan largo y detallado como el suyo. Sin embargo, por el momento esto no me parece productivo, y por dos razones. En primer lugar, por muy tentador que resulte analizar hoy tales cuestiones, sería irresponsable hacerlo sin antes emprender un estudio más detallado y completo de ellas. En segundo lugar, el mundo está cambiando a cada hora, obligándonos continuamente a revisar nuestras opiniones. Sólo hay que mirar al Medio Oriente o a la antigua Yugoslavia o a muchos lugares de la ex-Unión Soviética o a Sudáfrica, o aún a la relativamente pacífica Europa Central.

Pero mi principal razón para sugerir que aplacemos una discusión más profunda de estas cosas hasta algún momento del futuro próximo es ésta: al parecer estamos pensando en el mismo problema, pero utilizando diferentes conjuntos de hechos. Como usted lo indica, nuestras ideas fueron formadas por experiencias que coinciden en algunos puntos y que difieren considerablemente en otros. Cada uno de nosotros vivió bajo un totalitarismo, pero en distintos medios, y vivimos esa realidad a través de sentimientos, pensamientos e instintos que eran de naturaleza diversa.

La impresión más fuerte que me dejó su carta fue la de que había habido un equívoco entre dos personas que en lo esencial se comprenden. Dicho de otro modo: en realidad no estamos en desacuerdo, tenemos otra manera de pensar en experiencias compatibles que varían en los detalles.

Me limitaré a mencionar un ejemplo. Dice usted que durante el régimen totalitario no fui tanto una relación “inconveniente” para mis amigos y familiares cuanto “una fuente... de consuelo moral, como lo son los enfermos para la mayoría sana”. Esta observación se basa claramente en su experiencia del totalitarismo en la Rusia soviética. La experiencia checa fue un tanto distinta.

Aunque nos vivimos sometidos a diversos tipos y grados de totalitarismo durante un largo período, no fue lo bastante largo para que esta experiencia penetrara tan profundamente en la conciencia de varias generaciones como penetró en Rusia y en otras partes de la Unión Soviética.

Algunos miembros del Partido Comunista de Checoslovaquia, al menos desde la muerte de Stalin, en silencio llevaron sus vidas con una mezcla de pragmatismo personal y de oportunismo. Hasta algunos que no eran miembros del Partido se las arreglaron para llevar unas carreras relativamente bien

pagadas mientras no se reveló que habían contado muchos chistes a costillas de los jefes del Partido o que a veces habían criticado enconadamente al sistema.

A finales de los setenta, este fenómeno llevaba largo tiempo en existencia, y sólo a fines del decenio se acuñó la expresión “la zona gris” para describirlo. El término se aplicó principalmente a cierto estrato de gente educada -miembros algunos del Partido, otros no-conscientes de que el sistema, de continuar, acabaría por destruirnos moralmente como personas y profesionalmente como artistas, estudiosos e intelectuales. Al mismo tiempo, esta gente consideraba que lo que debía hacerse dadas las circunstancias era seguir trabajando en sus laboratorios, editoriales, institutos de investigación, etc., para no olvidar sus materias de estudio, de modo que no se atrofiaran sus profesiones y campos de especialización.

Pero, ¿qué podían hacer los historiadores, poetas o escritores? No estaba a su alcance esa misma solución. No podían publicar y ganarse la vida en su esfera sin ir contra sus conciencias y negar su propia interpretación de la realidad. Por consiguiente escogieron, en cambio, lavar ventanas, trabajar como guardianes nocturnos en plantas caloríferas, o como técnicos que midieron el flujo del agua en partes remotas del país.

Estas personas formaron el núcleo de quienes firmaron la iniciativa por los derechos humanos, la Carta 77. No eran, como yo no lo soy, un “consuelo” para quienes en secreto criticaban el régimen en la “zona gris”, sino que eran, en realidad, un inconveniente, un reproche vivo. Su existencia misma hacía que los de la zona gris se preguntaran si no había nada más que ellos debieran estar haciendo para apresurar la caída del régimen, que simplemente quejarse en secreto de él.

En la Rusia soviética, debió ser necesario poseer un gran valor moral, un intelecto valeroso y unos talentos especiales para oponerse al brutal poder del Estado y a las arraigadas creencias de la mayoría de los ciudadanos. Por ejemplo, puedo imaginar que después que usted fue enviado a prisión, muchos expresaron su alivio en la forma en que usted sugiere que muchos checos debieron de hacerlo en mi caso, dándolos a usted y a su causa por perdidos: “¡Se lo mereció!”

Pero hay una diferencia. Para la gente ordinaria en su país natal, todo cambio tendiente a un sistema más libre, a la libertad de pensamiento y de acción, era un paso hacia lo desconocido. Gracias a su fuerza moral y a su talento, usted

y un número relativamente pequeño de otros autores continuaron la labor de los grandes poetas, novelistas y ensayistas rusos del siglo XX, y de ese puñado de artistas irreprimibles con nombres como Ajmátova, Tsvetáieva, Mandelstam, Babel, Zoshchenko y hasta Pasternak y otros.

Usted anheló su libertad, y usted se la ganó. Cuando sus amigos, tanto íntimos como lejanos, le vieron ir a prisión para pagar por esa victoria, bien pudieron haber dicho que no estaban en peligro de experimentar los inconvenientes de la libertad. Y tal vez en ello encontraron una oscura satisfacción.

Por contraste, checos y eslovacos gozaron de un grado considerable de libertad a finales del siglo XIX, bajo la monarquía constitucional austro-húngara, y aún de más durante la Primera República de Checoslovaquia. Las tradiciones de aquella época siguen viviendo en la vida familiar y en libros. Por ello, aunque la renovación de la libertad es difícil e inconveniente, también en nuestro país, la libertad nunca fue un aspecto enteramente desconocido del tiempo, el espacio y el pensamiento. Aquí, varias generaciones de personas la conocen como una experiencia viva e inspiradora. Eso fue lo que hizo que nuestra lucha fuese tan distinta de la lucha de usted, prácticamente privada e innovadora- por obtener la libertad de pensamiento y de acción.

Lo repito: me ha alentado su respuesta. Pero me parece que las circunstancias especiales de esta discusión -el hecho de que pese a la semejanza del lenguaje que empleamos, no estamos hablando en realidad de lo mismo- sólo pueden resolverse en una conversación personal directa.

Fijemos una fecha para encontrarnos en el futuro próximo, con objeto de comprender mejor por qué unos pensamientos tan paralelos como los expresados en su carta abierta y en mi discurso pudieron causar un desacuerdo que bien pudo no ser más que un mal entendido.

*Vaclav Havel*

*Traducción de Juan José Utrilla*